

LA UNIVERSIDAD Y EL SUBDESARROLLO

Jorge Elliot García

Agradezco muy sinceramente la oportunidad que me conceden hoy las autoridades de la Universidad Técnica del Estado, para exponer algunos de mis puntos de vista respecto a las causas fundamentales del subdesarrollo y su relación con los problemas educacionales y culturales que existen en los pueblos poco avanzados.

Es una verdad de perogrullo que las consecuencias del subdesarrollo son económicas, lo que no quiere decir que también lo sean sus causas. Un fuerte dolor de estómago puede ser consecuencia de una apendicitis, pero no su causa. Si se cree que mitigando el dolor con sedantes se quitará la dolencia, se tienta a la muerte, o por lo menos se arriesga provocar una peritonitis aguda. El dolor es un síntoma y nada más. Vale la pena mitigarlo siempre que se piense intervenir inmediatamente al paciente para extirpar la verdadera causa de la enfermedad. Nada se saca con atacar solamente los síntomas o las consecuencias de un mal, si no se opera sobre sus causas a un mismo tiempo. Pero para atacar las causas hay que conocerlas.

El monetarismo reinante en el mundo ha cegado a los políticos respecto a factores fundamentales en la ecuación desarrollista, tales como los educacionales y los culturales. Gobernantes de las más diversas ideologías han confiado en forma prácticamente exclusiva en los economistas cada vez que han intentado lograr el despegue de un país subdesarrollado, sin percatarse que la aplicación de doctrinas económicas no ha conseguido sacar del subdesarrollo a país rezagado alguno en lo que va corrido de este siglo. Recordemos que los milagros económicos alemán y japonés, se produjeron en pueblos científica y tecnológicamente avanzados. Es distinto activar la economía de pueblos desarrollados que pasan por momentos difíciles, a elevar la creatividad y la inventiva de pueblos atrasados. A los pueblos desarrollados se les suele desafinar el motor económico, cosa que los economistas saben ajustar y controlar; pero los pueblos subdesarrollados carecen de motor. Es por esto que los economistas no han tenido éxito en sus intentos de levantar países como Albania o Indonesia, Paraguay o Bolivia.

Lo anterior no quiere decir que no deben tomarse medidas económicas, puesto que hay que enfrentar los problemas contingentes; significa que hay que tener visión y aplicar una política a largo plazo que ataque sus causas, mientras se enfrentan problemas inmediatos. Sin una visionaria política a largo plazo no hay posibilidad de superar el subdesarrollo.

Es obvio que la riqueza no basta para sacar países de su rezago, puesto que cantidades de naciones árabes, como así también Venezuela, han contado con altos ingresos en moneda dura durante muchos años, sin que por eso hayan logrado salir del subdesarrollo. Si se arguye que lo anterior se debe a mala distribución del ingreso nacional, entonces resulta inexplicable que Cuba, donde se ha distribuido la riqueza en forma revolucionaria, siga subdesarrollada y haya tenido que regresar a la zafra. Más aún, si se piensa que para lograr el decolaje se requiere un cambio institucional completo, entonces Albania y Bulgaria, países donde se ha realizado tal cambio, deberían ser países desarrollados; pero resulta que eran países subdesarrollados antes de transformarse en países comunistas, y siguen siéndolo como países comunistas.

Por otra parte, Alemania, después de la Segunda Guerra Mundial, se dividió en dos, una Alemania capitalista y otra comunista, y hoy vemos que ambas Alemanias se cuentan entre las seis potencias económicas más fuertes del mundo, hecho que nos sugiere que el problema en cuestión es más bien cultural que económico.

Por lo general, quienes sustentan que el socialismo provoca desarrollo, ya que Rusia al aplicarlo se transformó en una superpotencia, olvidan que las condiciones estaban dadas en ese país antes de la Revolución de Octubre para el decolaje económico. En la Rusia zarista, Mendeleyef sentó las bases de la química moderna al elaborar su famoso sistema periódico de los elementos; Lovachevsky abrió nuevos horizontes a la matemática, al crear su geometría no-euclidiana; y Pavlov inició el desarrollo de la psicología experimental con sus estudios sobre los reflejos condicionados. Además, la gran formulación novelística rusa es anterior a la era leninista, lo que es importante, ya que el destacado filósofo alemán Wilhelm Dilthey nos dice que la novela es síntoma de racionalismo bien asimilado, puesto que todo gran novelista aplica los sistemas analítico e inductivo mientras crea sus obras.

Si Rusia no desarrolló cabalmente sus capacidades inventivas durante el gobierno del

Zar Nicolás, fue porque su reinado resultó ser desquiciador y caótico en contraste con el del Zar Pedro, quien revolucionó la educación rusa y propició la investigación humanística y científica.

El caso de la China comunista es algo análogo, ya que el desarrollo del poderío nuclear chino y el considerable crecimiento industrial que ha conocido ese país en las últimas décadas, son consecuencia del retorno a su patria de cantidades de científicos y tecnólogos chinos altamente especializados, que se formaron y trabajaron durante muchos años en Estados Unidos, país del cual fueron ahuyentados por la persecución maccartista de la década del 50.

Sin embargo, los monetaristas, cuando se les señala que no ha logrado desarrollarse tal o cual país, a pesar de la ayuda económica que ha recibido, culpan a la raza por el fracaso de los estímulos monetarios. Ahora bien, fuera del hecho de que los antropólogos jamás han logrado probar que raza alguna sea inferior a otra, hay que considerar el caso del Japón. Cuando los europeos irrumpieron en el Oriente y se apoderaron de algunas regiones de la China, el Japón se encontraba rezagado en el medioevo. Por esta razón se pensó en el siglo XIX que la raza japonesa era una raza inferior. ¿Quién se atrevería a sustentar tal tesis hoy? Lo que sucedió a mediados del siglo XIX en Japón, es que al verse amenazado el país por potencias europeas y por Estados Unidos, decidió aprender la "magia" de los forasteros. El Emperador envió a los mejores cerebros de su patria a estudiar a Europa; a asimilar la teoría del conocimiento que allí se aplicaba. Pronto se fundaba en el país del sol naciente un núcleo de Universidades muy serias, rigurosamente estructuradas, en las cuales se propició el estudio de las disciplinas científicas, tecnológicas y humanistas al más alto nivel, creándose así en Japón condiciones que impidieron toda fuga de cerebros.

En Japón se hicieron dos cosas simultáneamente. Se estimuló el desarrollo económico e industrial a mediano plazo y se puso en práctica una política educativa a nivel superior, destinada a promover la creación científica y tecnológica a más largo plazo. Es así que en menos de un siglo Japón llegó a contarse entre los más creativos pueblos de la tierra, a pesar de haber pasado por una etapa de mera copia de mecanismos y diseños industriales.

Vivimos, señores, en un mundo inventivo y a ese mundo los países subdesarrollados no han contribuido siquiera con el diseño del alfiler de gancho. Latinoamérica, con más de doscientos

millones de habitantes, después de más de siglo y medio de vida independiente, no ha contribuido al mundo con una concepción tecnológica fundamental o el descubrimiento de algún medicamento que revolucione la terapéutica. La gran mayoría de nuestros países sigue dependiendo de la explotación de materias primas, cuyos valores fluctúan riesgosamente en el mercado de valores. Y por favor, amigos, no hablemos de explotación. Recordemos que es tan vergonzoso ser "explotable" como ser "explotador".

Y así, llegamos al meollo del asunto, o a las causas del subdesarrollo latinoamericano. Sería interesante contar con tiempo suficiente para discutir las causas del subdesarrollo africano, malayo e indonésico, pero sería mucho pedirles que se sentasen aquí a escucharme durante más de tres horas. Me consolaré, entonces, con intentar esclarecer nuestros problemas básicos.

En el luminoso siglo XVII cundió la "reforma" en Europa. Y la reforma religiosa estimuló el individualismo y la indagación, ya que sustentó que los creyentes tenían derecho a leer escrituras sagradas y a interpretarlas según su buen criterio. Esta actitud, lejos de oponerse al pensamiento de Santo Tomás, lo extendía, ya que lo que realizó el santo filósofo de la Iglesia fue una racionalización de la filosofía cristiana al allegar su pensamiento al pensamiento aristotélico. Sin embargo, en la península ibérica se inertizó la creatividad, al asignarse un valor absoluto a la filosofía tomista. Los Habsburgos, deseosos de reestablecer el Sacro Imperio Romano, con bendición de la Iglesia Católica Apostólica Romana, opusieron a la "reforma" la "contrarreforma", y así aislaron a España del proceso europeo. Hasta entonces, no existió diferencias entre el potencial creativo ibérico y el europeo en general; si en Inglaterra hubo en esa hora un Shakespeare, en España emergió un Cervantes, y en Portugal un Camoens. Pero hacia fines del siglo XVII no brotaron en España o Portugal genios equivalentes a los grandes poetas y dramaturgos de mediados de siglo. Tampoco en Inglaterra, pero ahí fueron reemplazados por filósofos y científicos como Newton, Hooke, Harvey y Locke, y por los novelistas como Defoe y Fielding. No así en España o Portugal. La contrarreforma acalló el afán pensante entre los Pirineos y el Mediterráneo. Hay edictos españoles de la época en que se sustenta, equivocadamente, que Santo Tomás había resuelto todos los problemas filosóficos, por lo cual prohibían el estudio de toda doctrina nueva. Las ciencias puras y la

matemática eran consideradas disciplinas desquiciadoras, por lo cual establecían que sólo se permitiría enseñar en las universidades ciencias aplicadas tales como la botánica y la mineralogía. Con razón se sorprendió Humboldt, cuando visitó a nuestra América a fines del siglo pasado, al descubrir que existían buenas escuelas de minas y jardines botánicos, pero ningún centro de investigación pura.

Por desgracia, al independizarnos de España, buscamos apoyo espiritual en Francia, ya que por ese entonces en aquel país decaían las disciplinas filosóficas que antes concedieron a todo lo francés gran lucidez intelectual como lo siguen haciendo en la actualidad. No existían émulos de Pascal, y las ideas se diluían en el almíbar de un romanticismo frenético. Sólo prosperaba un enciclopedismo periférico junto a la melosa poesía de Lamartine.

En consecuencia, nuestros centros de altos estudios, ya inertizados en el pensar por la herencia española, sufrieron sólo algunos cambios de segunda importancia al amoldárseles a lo que se suele llamar la "universidad napoleónica". Esa universidad, como la española, atribuía desmedida importancia a las ciencias aplicadas y a las profesiones liberales. Se transformaron, pues, en conglomerados de escuelas profesionales sin el debido respaldo de un humanismo pensante y de las ciencias puras. Por ser la pedagogía la profesión en que las humanidades y las ciencias más inciden, se les subordinó a esa profesión, limitando sus posibilidades de desarrollo, ya que al pedagogo no tiene por qué interesarle conocerlas en profundidad. Le basta dominarlas hasta el punto en que se lo exigen los programas de estudios secundarios. Pero no se me malentienda; lo antedicho no quiere decir que la pedagogía no tenga cabida en una universidad. Tiene en ellas una función importantísima que desarrollar: el estudio, el adelanto o mejoramiento de las metodologías didácticas, el desarrollo de eficaces sistemas de comunicación pertinentes a la transmisión de conocimientos, el estudio de las capacidades intelectuales del alumnado y de sus problemas psicológicos. Pero por cierto que no le corresponde ejercer tutelaje alguno sobre la investigación humanística y científica.

A todo esto debemos agregar que por influencia del enciclopedismo francés se estructuraron en nuestra América programas de estudios secundarios en que se intentaba abarcar todas las disciplinas del conocimiento humano. Por esta razón llegó a impartirse una educación entre nosotros que constituía un verdadero océano de sabiduría de un milímetro de profun-

dididad. Una educación verbalista, memorizante e inerte en las ideas. Las reformas educacionales que se han llevado a cabo en los últimos años poco o nada han innovado en este sentido. ¡Con razón el criterio flaquea, la inventiva no aparece por lado alguno y los problemas se multiplican!

En Chile, especialmente durante el gobierno de Balmaceda, se intentó introducir en las universidades cierta influencia alemana, pero por desgracia se trajeron pocos profesores e investigadores germanos en relación a las necesidades imperantes, por lo cual no pudieron introducir reformas radicales en nuestros centros de altos estudios que, en términos generales, siguieron funcionando al mismo nivel que lo habían hecho antes.

Debemos, además, considerar una verdadera catástrofe la influencia que ejerciera en nuestra América el movimiento reformista iniciado en la Universidad de Córdoba, Argentina, en 1918, puesto que ese movimiento amplió el sistema de elección de autoridades abandonado en Europa en las postrimerías de la Edad Media, hecho que propició la politización de nuestros centros de altos estudios. Recuérdese que nuestras universidades se esparcen por toda una ciudad. Un catedrático de arte no tiene cómo saber lo que vale un médico o un filósofo, cuál podría ser su capacidad administrativa. Obligado a votar por candidatos de esas profesiones, no puede hacer otra cosa que dejarse guiar por cofradías, movimientos religiosos o políticos.

Un solo intento se ha llevado a cabo en Latinoamérica por realizar una reforma universitaria estricta y modernizante: la propiciada por el destacado intelectual peruano Mariátegui, en 1922. El presentó una ley reformista a la Cámara de Diputados de Perú en el año que se indica, donde se consultaba un programa básico de estudios humanísticos, previo al ingreso a las profesiones o a los programas de grados, estudios de postgraduado conducentes a la investigación, servicios de extensión, la creación de cuerpos directivos semejantes a los consejos de regentes norteamericanos, destinado a aislar la docencia y la investigación en las universidades de los problemas presupuestarios y de las contingencias políticas. Al respecto anota el Dr. John Harrison en su estudio **The University Versus National Development**: "La ley fue aprobada en la Cámara de Diputados, en febrero de 1922, pero fue derrotada en el Senado como consecuencia de la masiva oposición a todo los aspectos de la ley ofrecida por la Universidad de San Marcos".

No tenemos tiempo para discutir aquí las numerosas virtudes de la reforma Mariátegui,

pero debe creérsenos cuando aseguramos que no fue preparada al azar, y que, de haber venido, hubiese colocado a Perú en la vanguardia educacional de nuestra América. Perú sería un país muy distinto de haberse impuesto el criterio de ese notable idealista pensador.

No había razón patriótica, moral o profesional de tipo alguno que justificara la oposición insólita de los catedráticos de San Marcos a la idea de Mariátegui. Simplemente le tuvieron miedo. Establecía "standards" de investigación y de docencia, que la mediocridad entronizada en San Marcos sabía que no podría satisfacer. Su poder no fue el poder de la inteligencia, sino el poder político. A los partidos les interesaba el dominio de las profesiones, y si antes el miedo a las herejías, al pensamiento arriesgado, esterilizó y mediocratizó el ambiente universitario, como consecuencia de la política de los Habsburgos, ahora el sistema de elección de autoridades contribuyó a conceder cátedras no a los más aptos, sino a los ineptos "fáciles", dispuestos a votar por los que los nombraran.

La indiferencia de los estadistas hacia los problemas culturales, no les ha ahorrado dinero a nuestros países. La politización de las universidades les concedió influencia, y así, a la postre, les permitió ejercer la presión necesaria sobre los diversos gobiernos de nuestro continente para obligarlos a concederles presupuestos considerables. La poca importancia que le atribuían a la investigación científica y humanística los indujo a entregar fondos sin exigir nada, sin condicionar esas entregas a mínimas exigencias académicas. Se atiborró a las universidades de docentes poco calificados y mal remunerados, se acrecentó enormemente la burocracia universitaria y, a medida que competía una universidad con otra, proliferaron las sedes de provincia de un modo totalmente inadecuado. Si no existían en nuestros países suficientes profesores universitarios de alta jerarquía para satisfacer las necesidades de las sedes centrales, ¿de dónde iban a salir los que se requerían para las sedes provincianas? Entretanto en Perú, donde se rechazó la reforma Mariátegui, han surgido en las últimas décadas decenas de decenas de universidades callampas y de institutos tecnológicos mal equipados y mal atendidos. Algo semejante ha sucedido en Chile, aunque no en forma tan exagerada. No obstante lo antedicho, vale la pena subrayar que cuando se firmó el convenio Universidad de Chile - Universidad de California, sorprendió a los expertos norteamericanos el hecho de descubrir que entonces la Universidad de Chile contaba con un presupuesto algo mayor

que el presupuesto de la Universidad de Columbia en Nueva York. Por eso decía hace unos instantes que no hemos ahorrado dinero al seguir la política implementada hasta ahora por los gobiernos, y que no es lícito mantener que nuestras universidades son malas debido a que somos pobres. Sus defectos son consecuencia de la indiferencia de nuestros gobernantes, quienes no parecen haberse percatado aún de la imperiosa necesidad de conceder prioridad al desarrollo de los estudios superiores, puesto que donde no prosperan no se ha logrado el desarrollo. Países más nuevos que los nuestros, como Canadá, Austria o Nueva Zelanda, son desarrollados y sus universidades son magníficas. Por el contrario, cada vez que uno visita un país subdesarrollado se encuentra con universidades menos que medocres y con una situación educacional deficientísima.

Puede que se piensa que lo que afirmo constituye una obsesión mía, una herejía personal. Para demostrar lo contrario, voy a retomar un tema que esbocé hace unos momentos. Dije entonces que el retraso de España y Portugal, a partir de fines del siglo XVII, se debió a la manera en que esos países se aislaron de Occidente al imponer la contrarreforma. En Europa se propició el pensamiento racional, la indagación y la inventiva, no así en la península ibérica. No sólo en Inglaterra surgieron entonces genios científicos como Newton, Hooke y Harvey, ya que en el continente aparecieron Kepler, Leibnitz y Huygens, entre otros. Además, en Italia, donde la Iglesia no perseguía los mismos fines que los reyes peninsulares, no se frustró el impulso científico dado a esa tierra inicialmente por Galileo. Es así que, con el correr del tiempo, cuando se principiaron a cosechar los frutos prácticos de los estudios científicos puros y surgieron en Inglaterra Watt y Fulton, Stevenson y Faraday, emergieron en Italia, Volta y Galvani, Marconi y Fermi.

En Inglaterra fructificó primero la Revolución Industrial, pero muchos países de Europa le siguieron el paso muy de cerca, puesto que estaban preparados para hacerlo. Insisto: la Revolución Industrial no hubiese acontecido ni en las Islas Británicas, ni en Alemania o Francia, de no haber fecundado el terreno de la inventiva, las ciencias puras, las humanidades y las filosofías. Las ciencias aplicadas se nutren de la ciencia pura. Un investigador teórico descubre las micro-ondas, y científicos aplicados o tecnólogos inventan la televisión.

La importancia que tienen las reformas educacionales en el sentido de propiciar la in-

ventiva y el pensamiento creativo, lo demuestra lo ocurrido en España hacia 1898, cuando el maestro Giner de los Ríos estimuló un movimiento educacional que permitió surgir a científicos de la categoría de Ramón y Cajal y a pensadores de la calidad de Unamuno y Ortega y Gasset. Desgraciadamente, la inestabilidad política de la Madre Patria, sus revoluciones y conflictos ideológicos, frustró en gran parte la promesa implícita en ese renacimiento de la creatividad española, por lo cual España se ha desarrollado con excesiva lentitud.

Ahora bien, cada vez que entre nosotros se aborda el tema que hoy nos concierne, pocos están prontos a señalar que nuestro retraso es consecuencia de no haberse atacado a debido tiempo sus verdaderas causas. La mayoría revela menosprecio por nuestras tierras y su gente. Y sale a relucir nuevamente la raza. "¡Somos un país de indios!", nos gritan. Lo que reina entre nosotros, señores, es un enfermizo menosprecio encubierto por una capa melosa de patriotismo. Somos patrioteros más bien que patriotas, y por eso nuestro desganado fatal y la ausencia de verdadero orgullo cultural. Nuestras bibliotecas públicas son pobríssimas, nuestros museos, basurales, y nuestros teatros se debaten en la miseria. Pocos creen que pueda existir gente verdaderamente inteligente en Ecuador, Venezuela o Chile. Se va a las universidades con el fin de aprender una profesión liberal o un oficio tecnológico que capacite para ganar dinero. Puesto que nadie en las universidades es capaz de pensar o crear, se nos ocurre que no vale la pena enriquecer sus recursos didácticos, renovar sus equipos o estimular la investigación. Nuestra falta de fe en nosotros mismos y en nuestros destinos eterniza el retraso. Hoy se habla de "hacer patria". No sé si alguien tiene la menor idea de cómo principiar a hacerla. Pienso, claro, que una de las posibles maneras de iniciar tal labor es hablando claro, como lo estoy haciendo ahora. Puede que exagere, pero la exageración es una forma de colocar énfasis, de llamar la atención hacia los defectos.

Mientras tanto, colegas, les insisto una vez más, que todo el desganado, toda nuestra indiferencia no nos ha significado ahorro alguno. Si se han utilizado los puestos públicos para absorber cesantía, también se han utilizado las universidades para lo mismo. Son grandes, son muchas para un país pequeño, y son, a la vez, malas. ¡Para qué agregar más! Son reservaciones indias de incapaces, centros de votos refrigerados. En otras palabras, son todo, menos lo que debiesen ser: un gran instrumento de progreso. En estos momentos he cumplido con mi doctrina

central. He exagerado con el fin de destacar con claridad. Porque lo cierto es que hoy, al menos, existen en Chile centros de investigación científica muy respetables. Además, nuestras escuelas profesionales suelen impartir una enseñanza de alta calidad. Lo lamentable es que eso no basta. La universidad debe ser pareja, intercomunicada, nutrida en todas direcciones o se desperdician los frutos aislados.

Los comentarios que he hecho hasta este instante pueden haber dejado la impresión en algunos de ustedes que bastaría especializar las universidades en ciencias y tecnologías para lograr el despegue. Lo que no es cierto. Las artes, las humanidades y las filosofías son también inventivas y ayudan a enriquecer el poder creativo y pensante de los pueblos. En su obra **La Ciencia y el Mundo Moderno**, el destacado filósofo inglés Alfred North Whitehead observa: "Los peligros que surgen del profesionalismo son muy grandes para nuestras sociedades democráticas. La fuerza directriz de la razón se debilita. Los mejores intelectos carecen de equilibrio... en breve, las funciones especializadas se realizan mejor... pero las directivas generales padecen de una falta de visión... mi crítica personal a nuestra educación tradicional es que se ocupa en exceso del análisis intelectual y de proveer datos reducidos a fórmulas... sencillamente acentuamos la importancia de las formulaciones abstractas e ignoramos el sentido de la manera en que actúan entre sí los diversos valores... lo que se necesita es apreciar la infinidad de variedades de valores vívidos que logra un organismo en un ambiente adecuado... cuando creemos saberlo todo acerca del Sol, la atmósfera y la rotación de la Tierra, podemos muy bien no habernos percatado del brillo singular del sol... necesitamos arte, una educación estética. Hay que desarrollar los hábitos de "aprehensión estética". La superespecialización dio pobres resultados en Estados Unidos, por lo que allí se le obliga a los profesionales a seguir optativamente un número específico de ramos humanísticos. Recordemos que la mente humana es una, que no está dividida en compartimientos estancos. Decía Baudelaire: "La poesía es la más científica de las facultades, porque resuelve las grandes analogías". Y Emerson: "El poeta tiene gran poder de resolución". Por otra parte, Newton, al anunciar sus leyes, observó: "Tienen que ser verdad porque son tan bellas". Para Baudelaire elucidar, y en cierto sentido "medir" lo inconmensurable a través de analogías metafóricas, constituía una especie de ciencia. Situar la inconmensurable sensibilidad del amor, diciendo que es "tan tímida y tierna como los

blandos cachos de los caracoles" era para él algo así como ubicarla entre coordenadas específicas. Mientras que para Newton, una lúcida aprehensión del comportamiento de los cuerpos celestes constituía una vivencia de carácter poético.

En la Universidad debe propiciarse una vida intelectual equilibrada, sin departamentos de primera, segunda o de tercera clase como los que existen en las universidades chilenas. Aquí, de un día para otro, se improvisan grandes departamentos en base a docentes poco idóneos, a los cuales no se les provee de libros, material didáctico o posibilidades de autoperfeccionarse. Es preferible no crear nuevos departamentos hasta que se cuente con los medios para hacerlo en forma digna, que crearlos al azar. Ninguna actividad debiese practicarse a medias en una universidad. Hace unos años, la Universidad de La Trobe, en Melbourne, Australia, decidió sentar las bases para la creación de un Departamento de Teoría e Historia del Arte. Abrió un concurso internacional con el objeto de contratar al docente más idóneo posible. El cargo lo obtuvo eventualmente un destacado profesor escocés. Las obligaciones que se le asignaron fueron las siguientes: dedicarse dos años a formar la biblioteca de arte y a establecer el presupuesto que se requeriría para mantenerla viva y vigente. Al mismo tiempo debería formar la colección de diapositivas, estudiar el equipo didáctico que se requería para impartir una enseñanza seria y, además, dictar algunos cursos electivos, o sea, tres horas de clase a la semana de Historia del Arte. He sabido que recién este año se le ha autorizado abrir un concurso internacional con el fin de contratar a otros dos profesores. La Universidad de La Trobe no estará en condiciones de graduar historiadores de Arte hasta 1978, pero cuando lo esté lo podrá hacer en óptimas condiciones. Universidad es universidad y calidad.

Una observación final. Ustedes podrán pensar que he colocado excesivo énfasis en la educación superior, cuando lo que más importa es la educación primaria y secundaria. Los que así piensan olvidan que cuando ocurrió la Revolución Industrial en Europa, el 80% de la población era analfabeta. Le fueron indispensables los centros de altos estudios, pero no los medios o los primarios. A medida que esa revolución engendró riqueza fue posible ampliar las bases educacionales. Se nutre de arriba hacia abajo y no de abajo hacia arriba, hecho que nunca debe perderse de vista.

Mientras tanto, creo que no nos queda otra cosa a los chilenos que ser desprendidos. Olvidar nuestros intereses inmediatos, desechar

todo menosprecio, tener fe en nuestro pueblo y sacrificarnos por él. En esta Universidad existe la intención de salir adelante, de contribuir al avance de Chile. Les pediría a todos que fuesen comprensivos y colaborasen.